

Wilhelm  
Röpke  
LA CRISIS  
DEL COLECTI-  
VISMO

---

EMECÉ EDITORES S.A. BUENOS AIRES

LA CRISIS DEL COLECTIVISMO, POR WILHELM  
RÖPKE, ES EL SEXTO DE LOS CUADERNOS DE  
GRANDES ENSAYISTAS

EDICIÓN DE CINCO MIL EJEMPLARES NUMERADOS  
EN PAPEL VERJURADO

EJEMPLAR N°

2338

V3

2393839

(M)

# Wilhelm Röpke

## LA CRISIS DEL COLECTI- VISMO

R.D.121263  
19 an



EMECÉ, EDITORES, S.A. BUENOS AIRES

Distribuidor para el E. U. S. A.  
E. D. M. A. S. A.  
Casanova 115 - Barcelona

*Título en alemán:*  
DIE KRISE DES KOLLEKTIVISMUS  
*Traducción de Dagmar Seelig*  
*y Jaime Perriaux*  
*Portada de Edgar Koetz*

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO  
QUE PREVIENE LA LEY NÚMERO 11.723  
COPYRIGHT BY EMECÉ EDITORES, S. A.  
BUENOS AIRES, 1949

# LA CRISIS DEL COLECTIVISMO

# El I

presente trabajo trata del colectivismo en Europa, y se verá que el juicio al que arribo finalmente está lejos de ser benévolos. Ello hace tanto más necesario dejar bien sentado desde el comienzo que no hablo en pro ni en contra de determinado partido político. En realidad, hace ya tiempo que se ha hecho imposible identificar el colectivismo con determinado partido político; y esto por dos razones. Por una parte, es un hecho que el pensamiento colectivista ha dado su tinte a partidos que son cualquier cosa menos socialistas. Tanto es así que el profesor Hayek ha podido con todo acierto dedicar su conocido libro *The Road to Serfdom* \* a los socialists of all parties. Siguiendo la misma corriente, el Partido Conservador de Inglaterra, el gran adversario del socialista Partido Laborista, ha presentado recientemente un programa económico cuya

*tendencia no difiere casi del programa socialista de ése. Además, bien sabemos todos con qué rapidez muchos comerciantes e industriales han aceptado el papel que les asigna la planificación socialista, y así puede uno encontrarse predicando a oídos sordos, como me sucedió recientemente en Alemania, al querer esclarecer ante representantes de la industria y del comercio la necesidad de una economía libre.*

*Vemos así hoy en día que el colectivismo recibe concesiones de círculos que políticamente deberían estar bien distanciados de él. Por otra parte, sin embargo —y esto es mucho más importante aún—, se dan cada vez más indicios de que hay socialistas que se pronuncian con indubitable claridad contra el colectivismo. Precisamente después de la aludida conferencia, en la capital de un pequeño Estado alemán, el Primer Ministro, socialista, que había asistido a ella, se levantó para declararse de acuerdo con mi dura crítica al colectivismo y manifestar que él y sus amigos estaban hartos, archihartos, del colectivismo. Tengo ante mis ojos un testimonio concor-*

dante en el memorándum de un director socialista de la economía planificada de Alemania Occidental: constituye todo un grito de desesperación y una declaración de bancarrota, y admite sin rodeos el daño que se ha causado al destrozar la autorregulación del mercado. Como ejemplo típico, está el de un caudillo (Lombardo) de los socialistas, radicales, italianos, que hace poco, en una entrevista que causó sensación, llegó a una conclusión similar para su propio país. Para que no se me diga que busco mis testigos sólo en países económicamente destruidos, terminaré citando la siguiente frase, tomada del estudio de un miembro del Sindicato de Obreros Metalúrgicos de Suiza, al que debe considerarse como perteneciente al campo socialista: "Entonces (vale decir, después de llevar a la práctica el colectivismo), se reconocerá demasiado tarde que las advertencias contra la progresiva estatización \* y extensión del poder burocrático, que llevan a la extinción de la democracia, no han sido meros espantajos agitados por los 'li-

berales', sino que se basaron en una seria investigación, a fondo, de las conexiones sociológicas." <sup>1</sup>

## II

*Contaremos entonces con la adhesión de muchos socialistas si caracterizamos la situación actual de la siguiente manera. El llamado "capitalismo" continúa desempeñando un papel destacado como chivo emisario en cierta literatura popular de nuestros tiempos. La verdad, empero, es que el sistema económico prevaleciente en Europa desde hace tiempo no es el capitalismo, sino el colectivismo en todas sus formas y grados. Todas aquellas ideologías económicas que podemos denominar socialistas o colectivistas han dejado su sello, más o menos fuerte, sobre la vida económica de nuestro continente. Lo que antes fuera utopía, frase hecha para fines demagógicos o erudita construcción de gabinete, se ve ahora convertido, en alto*

---

<sup>1</sup> V. Gawronski, "Arbeiterschaft, Demokratie und Freiheitsrechte", en *Festchrift für Konrad Ilg* (Berna, 1947), p. 20.

grado, en realidad. El colectivismo ha estado operando en todas partes, en algunos países desde hace años, en otros, como Alemania, por ejemplo, durante más de una década, por tiempo suficiente, por cierto, para justificar nuestra pregunta: ¿qué ha logrado realizar, qué ha quedado debiendo, y qué podemos esperar de él en lo futuro?

Durante décadas enteras se ha hecho caso omiso de la crítica al colectivismo, se ha hecho moña de las leyes de la economía política y se ha hablado de una nueva era en la que, supuestamente, habrían perdido su validez. Se ha formado una nueva generación de economistas que creen poder descartar, sin peligro, como cosa anticuada, la mayor parte de lo enseñado por la economía política hasta la fecha, y que consideran que su tarea específica es la "dirección" de la vida económica. También a ellos les pedimos cuentas, al preguntarles hoy si están todavía convencidos, sinceramente, de la superioridad de la "nueva" economía política sobre la vieja.

*En suma: creemos que ha llegado la hora de sacar el balance europeo del co-*

lectivismo. Lo que primero nos llama la atención aquí es algo sólo en apariencia paradójico. Me refiero al hecho de que el colectivismo se encuentra actualmente en una grave crisis interna. Como tantas veces en la historia, hay, por detrás del triunfo exterior del movimiento, vacío interior, perplejidad, tensión, desengaño y contradicción. Criticar resultaba fácil y provechoso, y hasta en alto grado útil y justificado. Se era progresista y no había riesgo alguno en desarrollar programas radicales y defender complicadas teorías mientras no se estaba obligado a someter a prueba los programas y a mostrar en la práctica el acierto de la teoría. Mas ahora, cuando hay que reemplazar la teoría por la práctica y la demagogia por la responsabilidad, ahora, cuando el colectivismo debería mostrar su eficacia, vale decir, en el preciso momento de haber conquistado el tan ansiado poder, todo se ha trastocado súbitamente. Ahora el colectivismo se ve reducido a una posición defensiva, y esto en una época en que debido a la situación mundial económica y política resulta particularmente difícil presentar algún éxito convin-

U. AU  
F. D.  
BH

cente. En todos los sentidos los colectivistas viven hoy el acierto de los versos famosos de Wallensteins Tod:

Eng ist die Welt, und das Gehirn ist weit.  
Leicht beieinander wohnen die Gedanken,  
Doch hart im Raume stossen sich die  
[Sachen.\*

*Son seguramente millares ya los socialistas que se preguntan en la actualidad: ¿No habrá sido excesiva presunción querer dirigir la vida económica según nuestros planes? ¿No estamos precipitando la economía de crisis en crisis? ¿No nos hemos mofado demasiado pronto de los economistas que nos enseñaban cómo el mecanismo gigantesco de la moderna economía nacional y mundial se regula por la competencia, los precios, el interés, el mercado y la rentabilidad; y cómo es posible producir con un mínimo de desgaste un máximo de los bienes realmente apetecidos por los hombres cuando el*

---

\* "Estrecho es el mundo, y vasta la mente. — Fácilmente cohabitan las ideas, — Mas duro es el choque de las cosas en el espacio." (Schiller.)

*mercado recompensa la diligencia, iniciativa, flexibilidad e inteligencia, y castiga los defectos correspondientes? Que el interés individual sea coordinado silenciosamente con el interés colectivo, gracias a medios de probada eficacia, ¿no es, acaso, lo más práctico? Y entre esos tan calumniados medios, ¿no se encuentran, acaso, la libertad, competencia, responsabilidad y propiedad? ¿Conviene realmente sustituirlas por una burocracia cada vez más omnipotente? ¿Son éstas la libertad, igualdad y justicia con que soñamos y por las que hemos luchado? ¿No habrán tenido razón los sociólogos que tanto odiamos al señalar la libertad, la dignidad y los derechos innatos del hombre como precio terrible del colectivismo? ¿Podemos negar de buena fe que no sólo las experiencias de los países totalitarios sino también todo razonamiento parece confirmarlo? ¿No nos engañamos a nosotros mismos, al seguir hablando de un colectivismo democrático que traerá bienestar, libertad y paz? ¿No es cierto que hoy en día los países son tanto más pobres cuanto más colectivistas? ¿Y no son también tanto más antiliberales? Ya*

*que el colectivismo somete la vida económica al comando del Estado y eleva la soberanía de éste a la enésima potencia, ¿no es forzosamente lógico que termine por dar aumento a las materias que provocan los conflictos internacionales, en vez de quitarles fuerza? En pocas palabras, ¿no resulta el socialismo, siempre, nacional-socialismo? ¿Y hay en esto alguna diferencia esencial entre las ideologías bajo las cuales corre por el mundo?*

*No es sino natural que a estos socialistas desilusionados se unan los jefes sindicalistas que han visto claramente que los sindicatos libres sólo tienen sentido en una economía también libre, mientras que en una “economía de comando” colectivista, a la manera del “Frente del Trabajo” alemán (Arbeitsfront), las “corporaciones” italianas y los sindicatos estatales soviéticos, degeneran en meros órganos de un gobierno omnipotente. Puede agregarse que ellos, por lo tanto, cometerían suicidio si con su política se propusieran aniquilar la economía libre. Lo que vale para los sindicatos es aplicable también a las cooperativas.*

*hacen el interesante descubrimiento de que el colectivismo presupone un grado de domesticabilidad del hombre que evidentemente sólo se encuentra entre algunos pueblos, y aun allí únicamente durante un tiempo limitado. Sea como fuere, no existe entre los pueblos mediterráneos, de modo que éstos nos dan la impresión de caballos chúcaros que no se dejan colocar las guarniciones de la burocracia estatal. Sabia es la acción del gobierno que, como el italiano, desiste finalmente de tales ensayos, mientras que el ejemplo de Francia \* demuestra el daño que causa la insistencia doctrinaria en tales maniobras.*

### III

*De esta manera la crisis interna del colectivismo europeo se exterioriza en secesiones, desprendimientos y distanciamientos. Incluso donde se hacen esfuerzos por aparentar solidez y unidad la crisis se manifiesta por síntomas variados.*

---

\* Escrito en el otoño europeo de 1947. [N. de los T.]

*Sentirse reducido a la defensiva trae generalmente como consecuencia nerviosidad e irritabilidad, y los representantes del colectivismo no constituyen por cierto una excepción. Agrégase a esto que se siente la necesidad de enfrentar con una nueva estrategia la crítica creciente de que es objeto la teoría y práctica del colectivismo. Ello se lleva a cabo mediante retiradas tácticas, en una defensa elástica, de posiciones insostenibles, al menos en la terminología, y mostrando respeto a los críticos modernos del colectivismo al asegurar, por ejemplo, que se aspira a un socialismo cooperativo o corporativo o donde en alguna otra forma penetre algo de aire liberal, y no ¡eso jamás! a una economía planificada burocrática. Cabe que tales planes sean faltos de meditación o, en el peor de los casos, de sinceridad, y que nos convenga el espectáculo patético de esa torpeza espiritual que se ve forzada a admitir razonamientos concluyentes y, al mismo tiempo, los niega. Lo que se destaca claramente, en todo caso, es el efecto profundo alcanzado por la crítica al colectivismo. En la misma dirección se mueven los desesperados pero*

*inútiles intentos por encontrar una forma de dirigir la economía que conserve, dentro de lo posible, el mecanismo de autorregulación de la economía de mercado libre para utilizarlo como recurso auxiliar técnico en una especie de economía planificada ennoblecida.*

*Las experiencias hechas en todas partes con el colectivismo de todas suertes y grados son, con todo, tan desilusionantes, que a sus defensores ya no les basta la táctica mencionada. Buscan, así, argumentos de descargo, que han llevado ya a que se pueda hablar hoy de una “apologética” socialista, de la misma manera en que se daba antes una “apologética” capitalista. Uno de los argumentos es que el actual empobrecimiento de muchos países europeos obliga a recurrir a un “socialismo de necesidad”, sin que se demuestre, empero, que el socialismo sea capaz de superar la necesidad; y, sobre todo, sin preguntarse si no estaremos frente a una “necesidad por culpa del socialismo”. Es por cierto encomiable la franqueza con que los gobiernos de algunos países socialistas admiten la mala situación de la economía nacional. Pero*

*desgraciadamente no lo hacen para suscitar la cuestión de si la crisis no habrá sido causada por el rumbo colectivista de la economía, sino con el fin de alarmar la opinión pública e inducir así a la población a soportar una carga mayor de los sacrificios que le exige la política económica colectivista. Se intenta producir artificialmente la oleada de patriotismo bélico que hizo posible el colectivismo de la economía de guerra, y no se comprende después por qué se termina por levantar, en lugar de las olas del patriotismo bélico, las de la ira popular contra una política económica doctrinaria.*

#### *IV*

*Lo honda que es la crisis actual del colectivismo, y lo singular que resulta en la historia del socialismo la situación a que ella ha llevado, quedará bien en claro si se piensa en que los representantes de un socialismo “democrático” lo defienden casi a la desesperada con la aseveración de que constituye el único dique sólido contra el comunismo. Que*

se intente justificar un cincuenta por ciento de colectivismo como dique contra un cien por ciento de él es por cierto señal elocuente de que el colectivismo democrático se encuentra hoy en una situación que bien podemos calificar, quedándonos cortos, de inusitada, sobre todo si consideramos que ambas orientaciones se remiten a Marx como a su progenitor espiritual. ¿Qué confianza podemos poner, empero, en la solidez de ese dique?

Es sobremanera satisfactorio que haya hoy muchos representantes del socialismo democrático que, muy sinceros en su postura frente al colectivismo, hacen visible así que su socialismo no es más que una peculiar ideología político-económica que está en contradicción con su posición liberal básica. No dudan en momento alguno de que el foso insuperable no se abre a su derecha, sino a la izquierda. Saben que en el fondo pertenecen al “gran centro” que, pese a todas las diferencias de opiniones en lo restante, se está uniendo, en la lucha por la libertad y dignidad humanas, contra el totalitarismo en todas sus formas. Ciertamente no es inconcebible que se pueda convencer

*a estos socialistas de la imposibilidad definitiva de conciliar su ideología político-económica con su posición liberal básica, si al mismo tiempo los convencemos de la sinceridad de nuestras intenciones y de la posibilidad de otros caminos mejores. También debe admitirse que hay hoy en día muchos países de Europa en los que ha de reconocerse el papel que por el momento desempeña el socialismo democrático como fuerte dique contra el comunismo. "Por el momento", he aquí el problema. Y dos cosas nos fuerzan a reflexionar.*

*Nuestra primera duda se refiere al grado de confianza que puede tenerse en el socialismo democrático en su lucha contra el comunismo, y, asimismo, a su unicidad. Quien conoce la historia espiritual del socialismo moderno, sabe que Marx —el "Rojo Prusiano"— ha sembrado en él dos almas que llevaba en su propia persona. Sin haberse reconciliado, se encuentran juntos allí el elemento, que el socialismo comparte con el liberalismo, de derechos naturales, democrático, liberal, humanitario, y otro elemento absolutamente opuesto que puede caracte-*

rizarse como antiliberal, autoritario, romántico. Estos dos conceptos dan hasta tal punto al socialismo moderno un carácter de desgarramiento interno, que un filósofo italiano ha podido llamar recientemente al marxismo una delle piú singolari contaminazioni che la storia delle idee ci offre.<sup>2</sup> Oscilando entre los ideales liberales de la libertad por un lado, y por otro las pasiones de la lucha de clases, combinadas con la codicia del poder y el entusiasmo antihumanista por la colectividad, precipitándose ya en una ya en la otra dirección, el socialismo democrático nos presenta con demasiada frecuencia el espectáculo de un movimiento que lleva en su entraña la discordia. Hay, claro está, excepciones notables, pero una y otra vez, cuando ya creemos haber ganado el socialismo democrático de éste o aquél país para una política que repudie con igual decisión tanto el totalitarismo comunista como fascista, se nos recuerda, para desengaño nuestro, que no se puede tener verdadera confianza en movimien-

---

<sup>2</sup> "Una de las más singulares contaminaciones que ofrece la historia de las ideas." Carlo Antoni, Considerazioni su Hegel e Marx (Nápoles, 1946), p. 41.

*to tan equívoco y tan penosamente desgarrado.*

*Agrégase a esto una segunda reflexión, que no puede sino afirmar nuestro escepticismo. En cuanto a sus metas e ideales últimos, todo el mundo debería separar el socialismo del comunismo, ya que ése postula un Estado liberal-democrático y éste uno totalitario. Acabamos de ver que ni siquiera esto es enteramente seguro. Pero ¿en qué difieren en su política económica? Esencialmente sólo en el hecho de que el socialismo democrático diluye el programa comunista hasta un punto tal que el colectivismo así mitigado deja de ser un veneno de inmediato efecto mortífero para el Estado de derecho liberal-demócrata. Que esos boticarios políticos puedan equivocarse mucho en la dosificación del veneno es ya otra cuestión. Tampoco nos ocuparemos aquí de la posibilidad de que el veneno, aun en su dosis diluida, llegue a matar a la democracia liberal, no inmediatamente tal vez, pero sí a la larga y contra la voluntad del boticario. Aquí nos interesa otra cosa. Si el*

**24** *programa económico del socialismo de-*

mocrático consiste en obtener una rebaja más o menos considerable del comunismo, surge la pregunta de si no acabarán, los que hacen la cosa a medias, frente a quienes la exigen total, en una situación doblemente desventajosa, ya que por una parte acostumbran a las masas a las tendencias de tal programa, pero dejan por otra al comunismo la superioridad de su realización radical. *Y esto seguirá siendo así mientras el socialismo democrático continúe, en política económica, por la ruta prescrita por el comunismo, mientras no se desligue al fin de ese programa manido de socialización y economía planificada, y en tanto no encuentre el coraje de tomar por caminos absolutamente nuevos en materia de reformas económicas y sociales, sin importarle que tal vez se encuentre con nosotros en esos caminos.*

*Ahora bien, si ocurre, como es el caso actualmente en muchos países de Europa, que el socialismo democrático realice en la práctica su diluido programa colectivista, queda entonces frente al comunismo en una posición extremamente peligrosa. El empeoramiento de la situación*

económica, que debe esperarse entonces, facilita a los comunistas la crítica al sistema económico, no ya —que esto sería verdad— por un exceso de colectivismo, sino por demasiado poco colectivismo, según ellos. *El sistema económico híbrido creado por el socialismo moderado, que por un lado imposibilita cada vez más el funcionamiento de una economía de mercado libre, no puede satisfacer, jamás, por otro, los poderosos deseos que los comunistas despiertan en las masas. El socialismo moderado destruye, sí, la economía de mercado libre con sus fuerzas reguladoras y estimulantes, mas se convertiría él mismo en comunismo si la quisiera sustituir por una economía colectivista, que no puede ni siquiera vegetar si no es impuesta con toda la dureza implacable del Estado totalitario. El socialismo moderado aún no ha comprendido que tenemos que elegir cuáles son las fuerzas reguladoras y estimulantes que deben servir de base a la vida económica entera: o las del mercado libre o las del Estado que conscientemente planifica, manda compulsivamente y castiga.*

26. *Economía de mercado libre quiere decir*

un orden económico regulado por precios libres (y, por tanto, también reales), por la competencia y por la libre decisión. Quien no quiere una economía de mercado libre, tiene que querer la economía dirigida o economía de mando, pues no hay ninguna tercera posibilidad para regular el mecanismo de una economía moderna.<sup>3</sup> No hay otra alternativa, así como no la hay con una puerta, que no puede estar sino abierta o cerrada. Aquí, donde se trata del principio ordenador, no hay ningún "tercer camino": o los precios regulan la economía, o no lo hacen; si no lo hacen, deben hacerlo entonces las autoridades. Si no suce-

---

<sup>3</sup> En mis libros *La Crisis Social de Nuestro Tiempo* (ed. española de la *Revista de Occidente*, 1947), páginas 116 y ss., y *Civitas Humana* (2<sup>a</sup> ed. alemana), páginas 90 y ss. y 96 y ss., he tratado de demostrar que ni la idea romántica de una autoadministración económica (*Estado de gremios, corporativismo*), ni el desarrollo en magna escala de las cooperativas, nos relevan de la decisión entre esas dos formas de orden económico. Si muchos lo niegan todavía es porque no alcanzan a tener una concepción clara de la tarea de un orden económico en total. En esa misma falta de preparación sólida se origina también la extraña creencia de que el formidable experimento norteamericano de planificación de zonas conocido como *Tennessee Valley Authority* (T. V. A.) representa un nuevo orden econó-

*de ni lo uno ni lo otro, tendremos el caos, y esta palabra puede aplicarse a la Europa actual con excepción de unos pocos países. ¿Qué mejor ambiente para su propaganda pueden desear los comunistas?*

*El “tercer camino” del socialismo moderado quita, pues, a la economía de mercado libre la posibilidad de demostrar frente al comunismo toda su fuerza creadora de bienestar. Basta, eso sí, para arruinar la economía de una nación, pero no para disminuir el impetu de la demagogia comunista. Al contrario, lo aumentará más y más. Si paseamos la mirada por la Europa actual, veremos más de un país cuya situación nos recuerda una profética observación del sociólogo italiano*

---

*mico, cuando en realidad sólo se trata de una pequeña parte del entero orden económico norteamericano, que se regula por precios libres. Ni el corporativismo, ni las cooperativas, los sindicatos, la estatización de algunas empresas, o la T. V. A., nos ofrecen un nuevo orden económico que no deba regularse sea por los precios sea por las órdenes de las autoridades. En cambio son, sí, componentes de un “socialismo ersatz”, en el que se refugian aquellos socialistas suficientemente inteligentes para reconocer adónde nos conduce el verdadero socialismo, vale decir, la economía dirigida o economía de mando, pero carentes de la decisión y del valor necesarios para extraer de ello las consecuencias lógicas inevitables.*

*Gaetano Mosca: "El experimento del llamado 'socialismo moderado', que admite la propiedad privada provisional y nominalmente, pero que le impone cargas y la limita hasta que pierde toda significación, tendría en Europa Occidental menos perspectivas de perdurar que una franca y cabal dictadura del proletariado, Aquel sistema quedaría siempre expuesto a violentos ataques por parte de los comunistas verdaderos, sin tener el prestigio y la fuerza necesarios para reprimirlos. Tampoco contaría con el imprescindible margen económico para poder compensar el despilfarro inevitable que resultaría de todo intento de imponer una forma moderada de socialismo. Por consecuencia de su fracaso y la siguiente desilusión, o degeneraría muy pronto en comunismo puro, o conduciría a que el actual sistema político y económico se convirtiese en una dictadura burocrática y militar."*<sup>4</sup>

<sup>4</sup> G. Mosca, *Elementi di Scienza Politica, Parte II, Cap. 6.*

*De esta suerte el famoso “tercer camino” del socialismo democrático se revela como muy resbalosa senda que lanza al abismo. No es posible mantenerse sobre ella. Hay que dar marcha atrás o despeñarse —ésa es la impresión que nos producen cada vez en mayor grado las experiencias europeas—. Y aquí hay que dedicar algunas palabras a otra circunstancia, de significado particularmente siniestro. Se trata de la posición que la ideología socialista ha conferido en varios países a los sindicatos, sin considerar la posibilidad de que se cree así un poder monopolista especialmente peligroso, porque se lo explota en nombre del progreso social a costa de la comunidad (incluso sobre todo a costa de los demás trabajadores), porque mina la productividad y la disciplina del trabajo, y porque los comunistas pueden con facilidad utilizarlo políticamente como cabeza de puente. No es ésta la ocasión de investigar hasta qué punto y en qué condiciones el sindicalismo, tal como ha llegado*

**30. a desarrollarse en los principales países**

industriales, puede conciliarse con el buen funcionamiento de la economía.<sup>5</sup> Pero no cabe duda de que la posición que el socialismo democrático otorga a los sindicatos dificulta enormemente la política económica de aquél, y hasta la contradice, de manera que también en este sentido se coloca en franca desventaja respecto al comunismo. Mientras que el socialismo democrático parece no caer en la cuenta de la contradicción que significa realizar una política económica colectivista y simultáneamente reforzar el poderío de los sindicatos, en cambio el comunismo es también en este punto de una lógica poco sentimental. Mientras no haya llegado a dominar el Estado, hace todo lo posible, aprovechando el poderío sindical, para llevar el proceso económico a la confusión. Mas una vez alcanzado ese dominio, no vacila un solo

---

<sup>5</sup> Cf. Henry C. Simons, "Reflections on Syndicalism", *The Journal of Political Economy*, Marzo de 1944; Fritz Machlup "Monopolistic Wage Determination as a Part of the General Problem of Monopoly", estudio leído ante el Instituto Económico para la Determinación de los Salarios y para la Economía del Liberalismo, patrocinado por la Cámara de Comercio de los Estados Unidos, el 11 de Enero de 1947.

*instante en degradar los sindicatos, de libres organismos de las fuerzas obreras, a aquel servil “Frente del Trabajo” estatal que es conforme a la naturaleza del colectivismo totalitario. Así vemos una vez más cómo el comunismo utiliza sin escrúpulos la inconsiguiente del socialismo democrático.*

*La anarquía sindicalista es lo contrario del colectivismo en cuanto orden económico determinado. Sería injusto, por tanto, responsabilizar al colectivismo por el desorden, la mengua de la producción y el abuso del poder que ha traído consigo la sindicalización de nuestro mundo. Indirectamente, empero, hay ciertamente alguna responsabilidad en ese sentido, pues en muchos países los sindicatos sólo han podido alcanzar ese exceso pernicioso de poder gracias a las condiciones favorables que les fueron creadas por determinada política de gobiernos socialistas o sometidos a la influencia socialista. Sólo dentro del marco de una política general inspirada por el socialismo cabe explicar que en más de un país el proceso económico se haya convertido en una ruinosa carrera entre un continuo*

*encarecimiento de la mano de obra y una política monetaria que progresivamente va acrecentando la circulación para evitar que los aumentos de los salarios conduzcan a la desocupación —carrera que también se conoce románticamente con el nombre de política de “plena ocupación” (Vollbeschäftigung, full employment)—. Esta situación fué ilustrada hace poco en forma convincente por la nota en que el diario inglés comunista The Daily Worker hizo llegar un grito de ¡socorro! a sus lectores, explicando que por causa sobre todo de la semana de cinco días, de los aumentos en los salarios de tipógrafos y cajistas, y de los precios del papel, se veía en dificultades financieras y debía considerar la reducción de gastos por medio de despidos y la racionalización de la empresa. Así pueden darse casos aislados en que aquel desarrollo traiga inconvenientes hasta para los comunistas. Pero no puede caber duda de que, en general, y a la larga, facilita la tarea del comunismo.*

*Después de esta digresión volvemos a nuestra conclusión de que el colectivismo europeo se encuentra actualmente en grave crisis, al tener que defenderse tanto contra sus propias dudas y escrúpulos internos como, también, contra la crítica de los demás. Tan grande es la desilusión respecto a sus logros que ya necesita servirse de la táctica apologética de que hemos hablado arriba. El colectivismo ha dado a nuestro continente un sinfín de cosas que, en rigor, no pueden causar alegría ni a los mismos socialistas: formularios innumerables, colas ante los comercios y oficinas públicas, progresiva reducción de la esfera donde el atormentado individuo puede aún moverse sin certificados y sellos oficiales, prepotencia y soberbia de la burocracia, creciente intolerancia política y aprovechamiento inescrupuloso del poder por parte de gobiernos socialistas, infinidad de leyes y decretos con sus respectivas penalidades, decadencia del Estado de derecho democrático, policía por todas partes, compulsión y propaganda, arbitrariedad, corrup-*

ción. En cierto país se condena a un hombre a prisión por haber trasportado al otro lado de la calle el vino de uno de sus sótanos, con lo cual no ha contravenido ninguno de los diez mandamientos pero si algún decreto absurdo de los que el Estado colectivista produce inevitablemente al por mayor. En otro país no es posible prestar un automóvil a un médico amigo, porque el vehículo no debe sustraerse a la jurisdicción de las autoridades locales. Y en un tercer país un ministro califica la digna máxima de my home is my castle (*mi casa es mi castillo*) de abominable e impropia de un país socialista. En esa misma nación se encarcela a un ama de casa porque uno de esos fisgoneadores inspectores gubernamentales ha encontrado pan enmohecido en su despensa; y también esa nación ha tenido finalmente que seguir por el camino elegido y adoptar las medidas inevitables de prohibir los viajes al exterior, establecer la censura de la correspondencia internacional y mandar a los obreros que trabajen, según el ejemplo de Hitler, cuya política económica colectivista se sigue

*todavía en lo esencial hoy en día\* en la Alemania ocupada. En algún otro país la Dirección de Precios emplea a personas mayores de edad en medir cuidadosamente el largo de las flores en las floreras, por ejemplo, para comprobar que se ajusta a las minuciosas reglamentaciones de precios. ¿O será más feliz acaso aquel otro país en que es tanta la corrupción que, pese a todos los controles (en este caso particularmente leves), la nafta importada se desvía casi totalmente hacia el mercado negro? ¿Y qué diremos, por último, del hecho de que para exportar cinco cajones de libros de la zona norteamericana de Alemania a Suiza es necesario llenar 202 formularios, que pesan en total un buen medio kilo?*

*Todo el mundo podría contribuir sin dificultad con otros ejemplos de tales absurdos colectivistas, lo que hace suponer que no se trata de excepciones sino de fenómenos accesorios que el colectivismo produce con inexorable regularidad. De ahí que no le sirva al partidario del colectivismo hacerse cruces ante la “sober-*

*bia de los funcionarios" y afirmar que no constituye necesariamente un fenómeno accesorio del colectivismo. La realidad es que colectivismo y burocracia mandona no son sino una misma cosa.*

*Por supuesto, el socialismo proporciona a los intelectuales que lo han inventado atractivos puestos de mando. -Pero ¿qué gana con ello la gran masa del pueblo? ¿Redunda acaso en beneficio suyo que la vida económica sea paralizada por el desorden? Y sobre todo esto: el paraíso de aquéllos que en la economía de mando se encargan de imperar, prohibir, dirigir y castigar ¿será también un paraíso para los obreros? Probablemente nunca antes los hombres han sido manejados en tal forma por una minoría mandona como en nuestros tiempos del colectivismo, que uno de sus pregoneros norteamericanos ha definido algo precipitadamente como el "siglo del hombre común". Esto es sin duda pagar un bien alto precio por un sistema económico que nos debe redimir de la pobreza y la injusticia. Mas, en vista de las experiencias pasadas, ¿podemos esperar al menos el cumplimiento de*

esa promesa? La respuesta sólo puede ser un ¡no! categórico y definitivo.

¿Qué pretende el colectivismo? Si examinamos su historia hasta la fecha, resultará que debemos distinguir entre tres finalidades distintas. La primera, y probablemente la más antigua, es modificar la distribución a favor de aquéllos que se consideran como poco favorecidos hasta entonces, meta que puede alcanzarse por medio de reformas sociales, adecuada política estatal de gastos e impuestos u otras medidas similares. Ya que ésta no es una pretensión particular del colectivismo, sino que hasta cierto punto puede realizarse sin modificación de la estructura económica, no nos ocuparemos de ella en lo que sigue. Aquí nos debe interesar más bien exclusivamente el colectivismo en un doble significado: como movimiento que aspira en primer lugar a una modificación del orden económico, y como movimiento que aspira principalmente a una modificación del sistema de la propiedad. En el sentido mencionado en primer lugar, el movimiento se asocia particularmente con el nombre de Saint-Simon, en el segundo con el de Kark

*Marx. Ambos movimientos —el saintsimonismo y el marxismo— se han aunado hoy, por cierto que en forma confusa.*

*En principio, el movimiento que podemos resumir bajo el nombre de saintsimonismo no se interesa primariamente por si es éste o aquél el propietario de los medios de producción, ni por una especie de “justicia social”, sino por la modificación de los fundamentos que rigen el proceso económico. La economía de mercado libre debe reemplazarse por la economía planificada —denominación usada primeramente por saintsimonista tan caracterizado como lo fué el capitán de industria colectivista alemán Walter Rathenau—, economía dirigida o de mando, economía de administración centralizada, o como se quiera llamarla. No así el marxismo. Aquí ocupa el primer plano el problema de la propiedad, y su solución mediante la “socialización” de la propiedad privada de los medios de producción. Lo peculiar de la situación actual consiste, como se ha advertido, en que vemos fusionarse las dos tendencias. Se aspira a la economía “planificada”, “dirigida”, o como quiera que se la llame veladamen-*

*te, y al mismo tiempo se desea otra cosa completamente distinta, a saber, la “democracia económica”, “socialización” o “colectivización”, vale decir, el reemplazo del propietario privado por otro que, no obstante los púdicos circunloquios, resulta finalmente ser el Estado. Son éstas, sin embargo, dos cosas distintas que no es lícito confundir.*

*La tendencia hacia la socialización —para mencionarla en primer lugar—, es en la Europa actual algo así como una epidemia, que asoma ora aquí ora allí, para luego, tras la desilusión consiguiente, desvanecerse. Cada vez que una nación sufre este ataque se pregunta uno: ¿pero qué quieren estas gentes? Hay no poco aquí, por cierto, que parece indicar que estamos frente a la irracionalidad de una epidemia espiritual de que son víctimas las masas. Se quiere “socializar” porque se desea reformar todo de raíz, porque es cosa tan moderna como el existentialismo, o porque se asegura que es el proceder democrático y antifascista. Siguiendo este camino cubierto de brumas fraseológicas, se ha llegado recientemente en Alemania al absurdo de “socializar”*

*a la segunda potencia bienes municipales al trasferirlos al dominio del Estado. Mas si queremos obtener una respuesta clara y sensata a nuestra pregunta sobre el porqué de la socialización, los más inteligentes nos dirán: porque queremos solucionar el problema de la propiedad de los medios de producción.*

*Y en efecto, es éste un problema muy serio. La tarea de hallar una nueva definición para la propiedad en nuestra época de empresas gigantescas es una de las más urgentes y decisivas para el destino de nuestra civilización. Es evidente que los derechos y deberes del propietario de una empresa gigante son distintos de los del propietario de una empresa familiar, sea ésta de tipo agrícola o industrial; y probablemente nuestra civilización también se derrumbará aun sin bomba atómica si no se encuentra la manera (que no discutiremos aquí) de convertir a nuestros proletarios en propietarios. Pero ¿qué diremos a los que consideran la estatización —o llámesela, si se quiere, "socialización"— como solución del problema?*

*Por lo pronto, debemos decir lo si- 41*

guiente: es absolutamente imposible solucionar el problema mediante la estatización. Más aún: ella dista tanto de ser una solución que, meditándolo serenamente, la estatización sería lo último que podría ocurrirsele a uno. ¿Por qué? Porque el problema de la propiedad en nuestra época es el de concentración de la propiedad, y es absurdo pretender solucionar un problema de concentración por medio de la superconcentración. Los socialistas critican justamente que en ciertos casos la propiedad y el dominio de los medios de producción hayan llegado a concentrarse en manos de grupos cada vez menos numerosos, pero al mismo tiempo proponen completar esta concentración creciente reemplazando a los pocos propietarios por uno solo. ¡Y qué propietario! El Estado nada menos; que es ya nuestro señor político y que entonces, como propietario de los medios de producción, agregaría a su monopolio del poder físico aquel otro del poder económico. Quien considera la estatización como solución, opinará, en consecuencia, que todo estará resuelto con trasferir a 42 un peón jardinero de un jardín privado a

*un parque público, donde puede sentirse feliz imaginándose propietario que participa de una particula ultramicroscópica de él. Naturalmente, en vez de constituir una solución del problema de la propiedad, esto desemboca, por el contrario, en su agudización extrema. Pues si el obrero, luego de una extensa estatización, no se encuentra ya con un gran número de patronos sino frente a uno solo, que a la vez es uno mismo con el gobierno, la policía, las autoridades militares y los tribunales, entonces considerará la situación anterior como un paraíso de libertad; pero ni siquiera tendrá libertad para expresar este sentimiento. Mas lo peor de todo sería que ese Estado omnipotente, mediante la propaganda continua e intolerante ya de oposición, llegara a despojarlo hasta del sentimiento de la libertad y del pensamiento independiente.*

*Repetimos: La concentración —concentración de la propiedad, del poder económico, de la producción, de los hombres, del dominio político— es el problema de nuestra época. El remedio consiste en la descentralización, y no en la su-*

*perconcentración. Esta última, empero, es precisamente lo que significa el socialismo.*

*Son todas éstas verdades tan evidentes que no cabe ante ellas ninguna discusión. La única cuestión interesante es la de cómo la idea tan absurda de la estatización como solución del problema de la propiedad haya podido encontrar tantos adherentes. Ya hemos insinuado la inquietante posibilidad de que estemos aquí frente a un síntoma de la psicopatología colectiva de nuestro tiempo. La creencia de que se pueda remediar la famosa “separación del obrero de sus medios de producción” reemplazando el propietario privado por el Estado, no es más que pura fantasía. Esa calidad fantástica no se modifica en nada tampoco en el caso de un Estado que merezca el atributo de “democrático”. Lo que sucede entonces es que la mística democrática de Rousseau, que enseñaba la posibilidad de una fusión total de gobierno y pueblo bajo el nombre de soberanía del pueblo, se desplaza hacia el plano de la vida económica.*

*y toda su burocracia pueden hacerse más soportables por el hecho de que, en un ataque de atolondramiento, el 51 % de la población le haya otorgado un mandato.<sup>6</sup>*

*Sólo queremos preguntar esto: ¿Inténtase, acaso, persuadir al obrero de una empresa perteneciente al Estado democrático, de que puede considerarse ahora copropietario de ella, que es patrono de sí mismo, se despide a sí mismo, se castiga a sí mismo por una falta de disciplina, se fija su propio sueldo y horario de trabajo, y que, con la insignificante interposición del Estado —con el que orgullosamente puede identificarse— goza él mismo de los frutos de su trabajo? ¿Y por cuánto tiempo puede seguir siendo realmente democrático un Estado que reúne*

---

<sup>6</sup> El concepto místico de que un Estado democrático no tiene por qué temer la tiranía ha sido formulado por Roosevelt en defensa del New Deal como sigue: "En manos de un gobierno del pueblo este poder es saludable y adecuado. Pero en manos de títeres políticos, de una autocracia económica, tal poder pondría grilletes a las libertades del pueblo" (según Garet Garrett, *The Revolution Was*, Caldwell, 1945, p. 35).

La idea de que "poder" presupone hombres cuya libertad se restringe no parece habersele ocurrido a Roosevelt.

en si el descomunal poder que representa la concentración en sus manos de toda la propiedad? ¿No es, precisamente, la democracia "económica", a la que se pretende llegar mediante la socialización, la que aniquila a la democracia política, con sus libertades y derechos del hombre? Verdaderamente, muchos colectivistas deberían tomar ejemplo de sentido común de ese veterano del Partido Laborista que dijo hace no mucho en el Parlamento inglés, aparte otras sólidas verdades: "Un par de esposas no aprieta menos fuertemente porque aparezcan pulidas con un limpiametales socialista." De ahí que no puede haber cosa más paradójica que el hecho de que ahora en muchos países europeos se promueva la estatización precisamente para poner obstáculos a un posible nuevo tirano, y, a la par, el otro hecho de que en Alemania haya tantos que creen alejarse cuanto se puede del totalitarismo al dar al Estado el mayor poder posible mediante la estatización de industrias esenciales y la burocratización de la economía. Cualquier nuevo Hitler —sea cual fuere el color de moda que vistiera— se estrellaría contra

*una fuerza obrera libremente organizada y educada para el pensamiento liberal. Pero la estatización de las industrias básicas significaría que ese Hitler ni siquiera se vería ya en la necesidad de convencer a industriales tontos o inescrupulosos. Le bastaría con dar unos gritos a funcionarios de éste o aquel ministerio. El que, en tal economía estatizada, dominara el Estado, dispondría de un poder por el que un Hitler tuvo primero que luchar durante años.*

*Son éstos los argumentos decisivos contra la socialización. Agrégase, por lo demás, que la socialización, que es hasta tal punto lo opuesto a una solución del problema moderno de la propiedad, suele conducir a graves mermas en la producción, por razones obvias y que están dentro de su naturaleza. Las experiencias de prácticamente todos los países hablan un lenguaje tan unívoco que no puede ser ignorado por los mismos socialistas, y casi no es exagerado decir: el medio más seguro de llevar una empresa al déficit suele ser su estatización. Es particularmente ilustrativo en este sentido el informe presentado hace algunos meses por una*

*comisión —constituida en la mitad de sus miembros por socialistas— del Senado belga, sobre la política de estatización en Francia. Luego de una crítica abrumadora, la comisión concluye pronunciándose enfáticamente en contra de una imitación de tan funesta política.<sup>7</sup> Es evidente, en efecto, que en Francia la mala administración de las empresas estatizadas ha llegado a ser una de las principales causas de la inflación.\* Finalmente, como lo sabe todo lector de diarios, la esperanza de que la empresa estatizada sufriría menos huelgas, o sería un lugar de especial asiduidad en el trabajo, se ha revelado como mera ilusión, que ese lector nunca habrá compartido si tenía un claro concepto de los aludidos errores psicológicos de la estatización.*

*Todo esto no debe considerarse como invitación para un repudio doctrinario de toda clase de estatización. Si bien ella*

---

<sup>7</sup> Neue Zürcher Zeitung, Nº 1214 del 22 de Junio de 1947. Cf. también E. Schmidt, *Le problème de l'étatisation*, Ginebra, 1947.

\* Según cables de París del 16 de Abril de 1949 el gobierno francés ha dispuesto que vuelvan al capital privado varias de las empresas que habían sido estatizadas. [N. de los T.]

*no puede resolver el problema capital —así considerado por el mismo marxismo— de la propiedad, no debe decidirse por eso que no pueda quizás resolver otros. Nos abstendremos aquí de comentar irónicamente la forma en que la estatización puede solucionar el problema de cómo alguien, sin ninguna capacidad probada en la vida económica, logre obtener un puesto de director por el rodeo de la política. Pero una posibilidad que merece seria discusión es la de si, en ciertas circunstancias, la estatización de ésta o aquella empresa no podría ser la respuesta a determinadas cuestiones —especialmente en la lucha contra los monopolios—. Mas no debe partirse de la opinión previa de que la estatización sea la única solución, o la más eficaz, del problema concreto; sino que, con apreciación imparcial de los medios más eficaces, debe buscarse objetivamente la mejor solución, junto a todos los que comprenden la naturaleza y urgencia del problema sin preguntar en primer lugar por socialismo o capitalismo, sino por la libertad y dignidad humanas.*

*Por el momento, sólo quiero contri-* 49

buir a esta discusión admitiendo franca-  
mente el aumento progresivo de mi  
escepticismo en cuanto a tales “estatiza-  
ciones según el caso”. Hoy ya no iría  
tan lejos en este sentido como lo hice  
al escribir mis libros La Crisis Social de  
Nuestro Tiempo y Civitas Humana. An-  
te todo, he llegado a convencerme de que,  
contra lo que creía anteriormente, inclu-  
so cuando el restablecimiento de la com-  
petencia se hace difícil o imposible, vale  
decir, principalmente en el caso de los  
llamados servicios públicos (public utili-  
ties), la estatización está lejos de ser sin  
más la mejor solución del problema de  
los monopolios. ¿Por qué un monopolio  
estatal sería más inocuo que un monopoli-  
o privado? Por el contrario; el poderío  
más peligroso es el que se ejerce con la  
conciencia bien tranquila, así como el  
peligro es siempre mayor cuando no se  
lo previene. En nuestra sociedad moder-  
na figuran entre los poderíos más peli-  
grosos, por ser ejercidos con la concien-  
cia bien tranquila, ante todo los tres  
siguientes: los ya mencionados sindicatos,  
las cooperativas gigantes centralizadas y,  
por fin, los monopolios públicos. La vi-

gorosa protesta que suele suscitar esta afirmación sólo demuestra el grado peligroso en que una opinión pública embaucada apoya a esos modernos conglomerados de poder. Aquí se requiere todavía una gran labor de esclarecimiento, pero parece ya que al menos no se abrigan hoy grandes ilusiones frente al carácter peligroso de los monopolios estatales.<sup>8</sup>

<sup>8</sup> Sirva de ilustración la siguiente noticia periodística: "En la zona oriental (de Alemania) se opina que lo importante no es la acumulación de poder económico como tal, sino en qué manos llega a concentrarse esa acumulación. En consecuencia, los establecimientos constructores de maquinarias de Sajonia, en su mayoría independientes, han sido convertidos ahora en una empresa estatal." (Neue Zürcher Zeitung, Nº 714 del 15 de Abril de 1947.) El parentesco de este punto de vista con el ya aludido misticismo democrático de Roosevelt es evidente. En cuanto a las cooperativas centralizadas, en Francia hoy ya nos pueden contar de sus experiencias con las peligrosas fuerzas monopolistas que llegan a ser instituciones tales como la "Sociedad General de Cooperativas de Consumo" y la "Federación Nacional de Agrupaciones Compradoras".

*En resumen podemos decir, pues, que, por regla general, mediante la socialización sólo se consigue el aumento continuo del desorden, de la hiperorganización y de la antieconomía, y la exaltación del poderío estatal en nombre de la democracia; todo ello en el preciso momento en que todos los esfuerzos deberían dedicarse al restablecimiento de un orden económico satisfactorio. La socialización, fuera de crear prebendas, no soluciona ningún problema que el socialista mismo considere esencial. Sobre todo no significa un nuevo orden económico. No; en la misma medida en que progresá la estatización aumenta la incapacidad funcional de la economía que se ordena mediante la competencia y se orienta por los precios. Tarde o temprano, el socialismo que en primer lugar promueve la estatización se verá también en la necesidad de hacer frente al problema del orden económico que debe sustituir a la destrozada economía de mercado libre. La conveniencia de estatizar éas o aquellas empresas es una cuestión; si la economía*

*nacional integrada por empresas estatales y privadas debe regularse por los precios o bien por las órdenes del Estado es otra. Mas la primera cuestión acaba por desembocar en la segunda.*

*Entonces ya no tendremos que vernos las con el socialismo como transformador del sistema de la propiedad, sino con él socialismo como orden económico, no ya con el marxismo sino con el saintsimonismo, no ya con estatización sino con la economía planificada o dirigida. En vez de los impulsos del mercado tendremos la coacción estatal; en lugar del discernimiento —aguzado por los riesgos— de los factores esenciales de la vida económica, ejercido por millones de hombres, no habrá sino la tosca percepción de aislados dirigentes económicos, y la economía “planificada” de los consumidores será reemplazada por la planificación de algún ministro y sus subalternos. Puede darse que tal orden económico deje nominalmente intacta la propiedad privada de los medios de producción, como sucede en el caso del colectivismo alemán, que ya ha perdurado más de un decenio. Mas se despoja al derecho de propiedad*

*de su sentido cuando se lo somete a un orden económico que quita al propietario el poder de resolver y disponer libremente.*

*El proceso económico en conjunto se rige ahora, pues, por leyes distintas de las de antes. La calidad y cantidad de los distintos artículos que se producirán; cuánto deberá consumirse y cuánto deberá invertirse; cómo se deberá invertirlo; qué y cuánto deberá importarse y exportarse, todo esto llevado al máximo detalle; de qué países y hacia qué países; que se pueda o no viajar, y en caso afirmativo, adónde; la elección de una profesión o trabajo; en qué lugares deberá producirse y cómo; las normas de distribución de los artículos que ese crujiente mecanismo económico pudiera llegar a producir —todo esto y mucho más lo deciden ahora las autoridades, en forma consciente, centralizada, conforme a planes más o menos arbitrarios y rígidos, y, sobre todo, mediante la coacción y las órdenes—. ¿Es preferible que se construya una casa porque todos los interesados (propietario, constructor, obrero, acreedor hipotecario e inquilino) lo consideran conveniente y,*

*por tanto, colaboran por propia voluntad; o bien porque una autoridad así lo dispone, “adjudica” las materias primas, “llama a servicio” a los obreros, paga subvenciones con el Tesoro alimentado por impuestos confiscatorios o por la inflación, y “distribuye” luego el espacio habitable disponible? ¿Es preferible que los viveres sean producidos y llevados al mercado porque el productor rural lo encuentra remunerativo, o bien porque se le manda un policía encima amenazándolo de prisión? ¿Serán eliminados los productores menos eficientes mediante la competencia de los más capaces, o por la decisión de un burócrata?*

*Según suceda lo uno o lo otro, tendremos economía de mercado libre o colectivismo. Ahora bien; ese orden económico colectivista es el que en Europa se ha hecho casi regla general, dejando a un lado que simultáneamente se “socializa” a todo vapor. Todo se reduce a “expropiar”, “conceder”, “eximir”, “entregar”, “declarar”, “cerrar”, “informar”, “penar”, “adjudicar”, “llamar a servicio”, “distribuir”, “examinar”, “supervisar” y, sobre todo, “prohibir”. Arriba se proyec-* 55

*ta, se estima, se dirige, se regula, o se decide con aquella arbitrariedad frívola con que Roosevelt, según lo admite Morgenthau, en los comienzos del New Deal, solía elegir el precio del oro, como quien eligiera billete de lotería, mientras se desayunaba. Abajo, ante todo se espera, se llena un formulario tras otro, y diariamente se vuelve a emprender con máximo desaliento la lucha contra las crecientes dificultades, hasta que los más activos se deciden a emigrar, si pueden, mientras los demás se hunden en la desesperación. Con todo esto, empero, y para gran sorpresa de los directores de la economía, el proceso económico sigue por caminos totalmente distintos de los proyectados.*

*Ya no necesitamos dedicar mucho tiempo a la pregunta sobre cómo se ha desempeñado ese orden económico colectivista. Es tan unívoco el lenguaje de las experiencias de los últimos años en toda Europa, que basta con la formulación lapidaria: El orden económico colectivista, en general, y a la larga, sólo ha causado retardo y confusión en el proceso económico, y una desmejora en las*

condiciones de abasto de la población; cuanto más tiempo se conserva este rumbo, tanto más suele hundirse la economía nacional en el desorden y la penuria. *Son éstas las consecuencias de una política económica que los gobiernos socialistas, en obstinado ofuscamiento, persisten en considerar —erróneamente— progresista, mientras que en realidad no trae sino paralización, pobreza, injusticia, autarquía y falta de libertad.*

*Puede caracterizarse aún más de cerca esa política económica colectivista, que destruye las fuerzas reguladoras y estimulantes de la vida económica, y cree poder reemplazar sus leyes naturales por la coacción. Si examinamos el sistema económico, tal como se ha desarrollado hoy en la Europa socialista, veremos obrar en todas partes una funesta combinación de economía forzada e inflación, a la que, hace un año, propuse designar con el nombre de “inflación reprimida” (Zurückgestaute Inflation).<sup>9</sup> El espectáculo*

---

<sup>9</sup> Primero en mi artículo “Lehren des deutschen Wirtschaftsmarasmus”, Neue Zürcher Zeitung, Nº 1931 y 1939, del 26 y 27 de Octubre de 1946. En un artículo publicado en Commercial and Financial Chronicle

*es idéntico en todas partes: como consecuencia de la guerra y del desgobierno económico de postguerra, hay una presión inflacionista cuya tendencia natural es forzar hacia arriba precios, costos y tipos de cambio. Dada esa situación, un gobierno se ve ante dos alternativas: puede dejar margen libre a la presión, con la posible consecuencia de una inflación abierta, o bien puede eliminar la presión inflacionista modificando su política económica y financiera. Ningún gobierno quiere asumir la responsabilidad que implica el primer método; actitud por cierto encomiable. Mas en la mayoría de los*

---

*(Nueva York) del 27 de Febrero de 1947 he propuesto como equivalente inglés la expresión repressed inflation. Véanse, además, mis estudios "Offene und zurückgestaute Inflation", Kyklos (Berna), Tomo I (1947), Cuaderno 1; "Zurückgestaute Inflation —die moderne Wirtschaftskrankheit", Neue Zürcher Zeitung, Nº 1153 y 1161, del 14 y 15 de Junio de 1947; "Repressed Inflation - Economic Cancer of Europe", Commercial and Financial Chronicle del 4 de Setiembre de 1947; y "Repressed Inflation", Kyklos, Tomo I (1947), Cuaderno 3. Por lo demás, si bien aquí se habla siempre de Europa no debe olvidarse, empero, que la política colectivista de la inflación reprimida también se practica fervorosamente en otros continentes, y con resultados similares. Parece, por ejemplo, que sobre todo las condiciones en Australia tuvieran mucho en común con las prevalecientes en Inglaterra.*

*países europeos, los gobiernos no llegan hoy a decidirse por el segundo. Con la excepción del valiente e interesante ejemplo que nos presenta el gobierno italiano que, bajo la dirección del viejo maestro de la economía política italiana, Luigi Einaudi, y contra la oposición de todos los interesados, y no obstante el sabotaje de la izquierda colectivista, emprende la eliminación del impulso inflacionista mediante la restricción de créditos, aumento de intereses, y equilibrio del presupuesto, prácticamente todos los gobiernos de los países europeos que sufren de indigencia económica siguen el ejemplo aventurero de Hitler y Schacht: combaten la presión inflacionista, creada en primer lugar por ellos mismos, mediante la contrapresión de una policía económica estatal, mientras ello es posible, sin importarles que así la economía nacional se pierda cada vez más en el desorden y llegue a la paralización. Todos esos gobiernos creen que es posible admitir una sobrecarga inflacionista de la economía nacional, y luego simplemente prohibir sus consecuencias por decreto. Esa creencia es un funesto error, que tar-*

*de o temprano se venga cruelmente de sus propugnadores.*

*En los orígenes de esta enfermedad económica que llamamos “inflación reprimida” y que ha llegado a ser característica de Europa, se encuentra, lo hemos visto, la presión inflacionista creada por el gobierno. Ésta, por su parte, se remonta a fuentes diversas; principalmente a la guerra, y luego a una política de finanzas y crédito que por una parte puede atribuirse sin más al colectivismo, y por otra a una teoría que debe su difusión al prestigio científico del difunto Lord Keynes. Es la teoría que ha enseñado a toda una generación de economistas a concentrar su atención, como hechizados, en el peligro de una deflación, y a subordinar todo a la meta de la “plena ocupación”. Bajo la influencia —consciente o inconsciente— de esa ufana teoría, y haciendo caso omiso de toda advertencia, en todas partes los proyectos de política financiera, crediticia, social y económica se basaron sobre la suposición de que después de la guerra habría que esperar una deflación y desocupación en masa, tales como se habían conocido a princi-*

*pios de los años treinta. Sobre esta base —una gigantesca especulación bajista de la economía planificada— la política financiera y económica debía aceptar como “bueno” todo lo que contribuyera a la “demanda efectiva”, y considerar “malo” toda exteriorización de parsimonia, moderación y prudencia. Se creía que se tendría que compensar una deflación, y sólo ahora los más inteligentes de entre los partidarios de esa “Nueva Economía” comienzan a darse cuenta de que en lugar de ello sólo han logrado elevar una inflación a la enésima potencia. La especulación bajista de la economía planificada se ha derrumbado, y ha causado perjuicios incalculables a los países en ella envueltos. La conducta adoptada es comparable a la de aquél que para una expedición a tierras tropicales se provee de equipo polar; y cuanto más persista en desconocer su error tanto más nos impressionará su necesidad.*

*Ya es bastante grave que de esta manera se haya creado una presión inflacionista o que se haya acrecentado más aún aquella primaria de la economía bélica. Hemos observado la parte que cupo en* 61

esto al colectivismo. Mas mucho peor es que, en lugar de disminuir la presión inflacionista, se haya tratado de neutralizarla mediante una política colectivista. El ejemplo de Alemania demuestra que semejante mezcla de inflación y colectivismo acaba por conducir a la total descomposición de la economía nacional. Observamos con la mayor preocupación cómo ahora también Inglaterra, a pesar de todos sus heroicos esfuerzos, está hundiéndose en el pantano de esa política. Vemos cómo se destruyen inexorablemente las fuerzas reguladoras y estimulantes de la economía, cómo la moneda y los precios van ordenando cada vez menos el proceso económico y ejerciendo menos estímulos sobre él. Y finalmente vemos que surgen tres consecuencias: se produce demasiado poco, se produce con desacierto, y se desequilibra el comercio exterior, con lo que sobreviene la famosa “crisis de la balanza de pagos”, aparece la “escasez de dólares”, se desvanecen las reservas de oro y divisas, y el aislamiento que separa al país del mundo que lo rodea se va acercando cada vez más al ejemplo nacionalsocialista.

*Si alguien dudase todavía de que el colectivismo fuera verdaderamente responsable de esto, el caso de Suecia le daria la respuesta. Es éste el caso único de un país rico y neutral que, desde que siguió esa política económica, mostró rápidamente los mismos síntomas de enfermedad —como si hubiese querido probar experimentalmente que, por más rica y segura que sea una economía nacional, basta aplicar determinada receta para llevarla al desorden, tanto interno como en sus relaciones con el exterior—. Por desgracia, la receta es muy sencilla. Dice así: sobrecárguese la economía nacional, creando así una presión inflacionista, a la que se opondrá luego la contrapresión de la compulsión económica por parte del Estado. Ahí está el secreto de cómo fué posible en el caso de Suecia resolver el difícil problema de convertir en poco tiempo una moneda “dura” en “blanda”.*

*El derrumbamiento del colectivismo en cuanto intento de reemplazar la economía de mercado libre por una economía dirigida o de mando, nos demuestra los méritos del mecanismo de los precios libres en esa forma en que siempre llegamos a apreciar cabalmente una cosa cuando la hemos perdido. Hoy sabemos que no hay ninguna alternativa: la economía nacional moderna simplemente no puede prescindir de la silenciosa autorregulación, mediante la competencia y la libre formación de precios, en todos los mercados, incluso —cosa que muchas veces no se tiene en cuenta— el de cambios. Quien destruye esa autorregulación es mucho más criminal que el que hace saltar diques o puentes, pues atenta contra la economía nacional en cuanto organismo viviente, y la condena a ser endeble y paralítica.*

*Sólo a la luz de este conocimiento podremos llegar a la solución del gran problema del saneamiento económico de nuestro continente, a la que ahora los*

*por su Secretario de Estado Marshall, están por contribuir en forma decisiva. La guerra ha dejado huecos tremendos en el inventario de Europa, mas peores aún que este déficit de bienes son la pérdida de "fuerzas productoras", la paralización y desordenamiento de la vida económica en cuanto proceso continuo de una constante renovación de bienes. La tarea no consiste en utilizar las reservas americanas, de ninguna manera agotables, para tapar agujeros que siempre volverían a aparecer. Se debe más bien poner la ayuda americana al servicio de una nueva política económica europea, que no sólo coordine mejor la economía nacional de los distintos países, sino que, ante todo, la regule y active desde dentro. Tal política económica, empero, para ser honesta, deberá terminar con el marasmo colectivista, reduciendo simultáneamente y en la misma medida la presión inflacionista y la economía de coacción.*

*Tratemos de ilustrar el problema con un ejemplo médico. Se quiere, por decirlo así, inyectar mediante una trasfusión de sangre nuevas fuerzas en la Europa* 65

*económicamente desangrada, y en cuanto se refiere a países que están fuera de la “gran órbita” rusa, los Estados Unidos desempeñarían el papel de dador de sangre. Para que la trasfusión pueda salvar al paciente, es necesario que se cumplan dos condiciones principales. Primera, la cantidad de sangre que se inyecte debe ser suficiente. Es de desear que los Estados Unidos se convenzan de esa necesidad y comprendan que una exagerada parsimonia sería en este caso despilfarro, ya que una ayuda insuficiente fluiría en vano. Segunda, debe cuidarse que la trasfusión coincida con la convalecencia interna del paciente. A la larga, no puede sustituir la propia sangre de éste. Si el paciente sufre vez tras vez nuevas pérdidas de sangre y no consigue regenerar sus propias células hematopoyéticas, podemos predecir dos cosas: la ayuda se habrá prestado inútilmente, y ya que los fondos, aun del dador más opulento, tampoco son inagotables, la situación acabará muy mal para el enfermo.*

*Este paralelo muestra lo que actualmente está en juego en Europa. Supongamos que América se decida a prestar*

*una ayuda suficiente, ¿se logrará con ello poner en pie a la Europa enferma? Ha de temerse seriamente que no será así si no se cura al mismo tiempo la enfermedad interna de la economía nacional de cada uno de los países europeos. Y esto quiere decir que debe acabarse con la política económica colectivista. En tanto se continúe con ella, hay por desgracia muy fundadas perspectivas de que los nuevos miles de millones de América no tengan efecto más duradero que los anteriores.*

*Por eso nos intranquiliza tanto más observar que hay aún tantos socialistas europeos —repetimos: the socialists of all parties!— que aparentemente no se dejan influir ni por el testimonio abrumador de la experiencia ni por los conocimientos de los razonables. Frente al hecho evidente del derrumbamiento de la política económica socialista en Alemania, Inglaterra y en otras partes, sólo responden con el clamor absurdo por aún más socialismo, y lo que proponen con ello es siempre lo bien conocido: estatización, economía planificada, economía de coacción, “inflación reprimida”. ¿Por qué se* 67

*vuelve siempre a echar mano de los viejos  
libracos amarillentos, proveyéndolos a lo  
sumo con alguna encuadernación mo-  
derna? ¿Por qué no se piensa en algo  
mejor y más original? ¿Por qué no se  
adopta la exigencia de la implantación  
seria de una economía honestamente ba-  
sada en la competencia, para poder lue-  
go, dentro de ese marco que asegura  
orden y bienestar, realizar las reformas  
que fueran necesarias?*

*Hay momentos en que debe hacerse  
hincapié con todas las fuerzas en este  
marco ordenador exigiéndolo en prime-  
ra instancia, para pedir sólo en segundo  
lugar las reformas. Ese momento ha lle-  
gado cuando parece inminente que la  
economía nacional se pierda por com-  
pleto debido al fracaso del intento de  
regularla mediante el colectivismo. Tal  
es la situación de Alemania y, en menor  
grado, la de muchos otros países euro-  
peos. También nosotros queremos fijar  
a la política económica metas más am-  
plias que el restablecimiento del orden  
económico integral, mas en tanto no se  
haya superado la situación lastimosa en  
que se encuentra Europa debido a la des-*

*composición del orden económico, todo lo demás será en vano. Pierden sentido cualquier política de salarios, seguro social, y todo lo demás que se intente hacer para levantar el nivel de vida del pueblo, si no se supera la crisis de paralización de la economía europea.*

*Esto debe tenerlo presente, en particular, todo aquél que aspira a realizar muchas otras modificaciones en la estructura del sistema económico y social de Occidente, para hacerlo más humano, estable y equilibrado. Mientras se encuentre alterada y paralizada la peristáltica de la economía europea todos nuestros esfuerzos deben concentrarse, por lo pronto, sobre esa meta inmediata de volver a convertir la vida económica en un proceso silencioso, constante y libre de producción máxima de los bienes "adecuados", vale decir, de los que correspondan a la demanda. Hemos de elegir no sólo entre colectivismo y libertad, sino también al mismo tiempo entre colectivismo y saneamiento económico de nuestro continente —ésta es la conclusión que se presenta hoy como saldo final de un balance europeo del colectivismo—. Sería* 69

*imposible comprobar el estado de quiebra de manera más unívoca.*

*Ahora bien; no hay que descartar que muchos que, en lo demás, pueden haberse dejado convencer por nosotros, hagan aquí un último intento desesperado de eludir la inevitable conclusión a que se ha llegado, y nos pregunten por nuestra contrapropuesta. No me detendré a explicar que esa pregunta está mal dirigida en el caso de un autor que, desde hace mucho, ha dedicado todas sus fuerzas a elaborar en lo posible tal contrapropuesta. Me limitaré a contestar con un sencillo ejemplo. Si vemos que alguien se dirige a toda velocidad hacia un abismo y trata de arrastrarnos consigo, sólo pensaremos en salvarlo a él y a nosotros mismos. Pero ¿qué le diremos si nos grita: "¿y cuál es tu contrapropuesta?" Tal vez nos quedemos estupefactos ante la trágica comicidad de la situación. Sea como fuere, con todo, le responderemos que por el momento sólo podemos elegir entre precipitarnos y no hacerlo, y que, por lo pronto, comparado con la actitud de despeñarse, el abstenerse de ha-*

*cerlo no sería demasiado mala contrapropuesta.*

*A tal punto hemos llegado en Europa, tan lejos nos ha llevado el colectivismo, que hasta alguien que nunca ha querido pasar por un mero defensor del status quo debe considerar por hoy como de máxima urgencia exhortar así a acabar con el caos actual y restablecer un orden económico que asegure la libertad, el bienestar y la dignidad del hombre.*

EMECÉ EDITORES, S. A.  
SAN MARTÍN 427 — BUENOS AIRES

EL 20 DE JULIO DE 1949 SE ACABÓ DE IMPRIMIR  
ESTE CUADERNO EN LA COMPAÑIA IMPRESORA  
ARGENTINA, ALSINA 2049, BUENOS AIRES.